

NI BUENOS NI MALOS

Por Gonzalo Pérez

El Mercurio
Revista El Sábado
Viernes 12 de octubre de 2001

Casi habíamos olvidado ese temblor frío en el alma, ese colapso de la esperanza, esa desnudez de humanidad vulnerable encogiéndose ante un poder oscuro. La garra paralizante del miedo nos apretó en cinco continentes y nos ha mantenido en vilo, mientras seguimos cumpliendo con la vida de todos los días. Porque, agazapado adentro, el peligro acecha.

Lo más horrible es, sin duda, que se trate de una catástrofe intencional, fervorosamente deseada, planificada hasta el último detalle. Que lo que miles de millones de personas sentimos, al desplomarse nuestras seguridades junto con las torres en el televisor, sea efecto deliberado, logro de una inteligente perversidad.

Hasta el choque, el mundo parecía tranquilo. El nuevo milenio asomaba en el calendario sin traer novedades a una sociedad mas bien desencantada, resignada a un orden de cosas forzado por imperativos económicos, incrédula de idealismos y reformas, estancada de crear y de soñar. Dormida en laureles nada despreciables: el término de la amenaza nuclear con el inesperado derretirse del iceberg soviético; el pragmático consenso mundial sobre la obligatoriedad de paz y democracia, como única posibilidad de garantizar los negocios futuros; el salto de comunicación que trae Internet, transformada en sistema nervioso planetario; la creciente conciencia ecológica, freno a la destrucción suicida del medio ambiente.

De este sueño complaciente, hecho a semejanza máxima del "american dream", nos hemos sobresaltado todos. El mundo que bebía tranquilamente su coca-cola porque estaba protegido por Superman, recibió un ataque directamente al corazón, y ya no podía seguir siendo niño. Los niños creen en los buenos y en los malos, e imaginan que con la eliminación de los malos se acaban los problemas. ¡Hagamos un plan de ataque que termine para siempre con el demonio! ¡Llamémoslo "Justicia infinita", como en los videojuegos!

Es la misma lógica simple y satisfactoria de los terroristas de todos los tiempos. La lógica ciega con que los hombres se han dividido y asesinado sin cesar desde que tenemos memoria. El modelo egocéntrico de pensamiento que generan los fundamentalismos -"yo poseo la única verdad absoluta, no contaminada"- y la mentalidad de aniquilación -"tú eres el obstáculo para que el bien, que esta conmigo, se haga realidad".

Esta devastadora dialéctica es el paradigma de cada una de las guerras que hemos sufrido, desde las militares y políticas hasta las familiares y de pareja. Y en ninguna de ellas gana nadie, porque inevitablemente perdemos todos. La división entre buenos y malos, nosotros y ellos, nos reafirma mucho, pero es ilusoria. Somos una sola humanidad tripulando un pequeño planeta que avanza en el espacio y en el tiempo hacia un destino cada vez más unitario. Antes podíamos ignorar lo que ocurría lejos. Ahora, nada humano queda lejos.

Ojala la caída de las Torres Gemelas simbolice también la caída de ese paradigma de mortífera dualidad. Ojala el sentir colectivo esté ya en condiciones de madurar a un nuevo nivel de ética, un nivel adulto en que no hay buenos ni malos, sino opciones que quitan u opciones que dan vida.

Dejamos de ser niños cuando nos damos cuenta de nuestros propios errores, y de nuestra propia negatividad. Cuando vemos que nos hemos convertido en terroristas para combatir el terrorismo, o en autoritarios que combaten las formas autoritarias. Cuando nos percatamos del fanático en nuestro interior, que busca tener razón a como di lugar para embriagarse con sensaciones de pureza y superioridad. Cuando reconocemos sin disculpa nuestra violencia, y renunciamos a la ardiente venganza, sabiendo cómo perpetúa el dolor. Y aceptamos que el trabajo siempre empieza por casa.

Gonzalo Pérez Benavides
gonzapb@gmail.com - www.gonzaloperez.cl
Teléfono: (56-2) 273 6039
Santiago, Chile